



EL MARTILLO DE ALTAFULLA

Erland M.G. Bergsrud

EL MARTILLO DE ALTAFULLA



Primera edición: enero 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Erland M. G. Bergsrud

ISBN: 978-84-18544-80-4

ISBN digital: 978-84-18544-81-1

Depósito legal: M-921-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi madre, por leerme cada noche.
A Quim, por descubrirme a Poe.

Preludio

Aullido de sufrimiento henchido que se elevaba con el deseo de la llama de tocar el cielo abandonando la tierra. Sin embargo, como la pira central, sólo el humo de la madera quemada se alzaba por encima de las copas de los árboles. El dolor no se extinguía y el llanto desesperado de una inocente buscaba alcanzar más allá del techo ahora oscurecido del mundo con la esperanza de una intervención a la que nadie acudía; ni siquiera los animales que poblaban el montículo, pues huyeron previsores de la llegada de las mujeres que se deleitaban alrededor de la hoguera. Para ellas el fuego era el retorno incesante a un alocado instinto que crecía y decrecía sin uniformidad ni previsión alguna. Pero para una incauta involuntaria era un destripar que chamuscaba su cuerpo entero sin razón ni piedad. La pueril ofrenda se consumía debido a la entrada viciosa que comenzaba a reemplazar su dolor por vileza, la del macho cabrío que la dominaba. Cada grito suyo, desgarrador; cada empujón, desprovisto de toda piedad.

La luna brillaba potente esa noche e insuflaba de poder al resto de mujeres presentes que se derretían entre ellas y generaban un humo rojizo en exhalaciones de placer. Mujeres de todas las edades reunidas, anacrónicas en aspecto, pues su desnudez era completa y dejaban que el reflejo de la luna a través de la hoguera las hiciera disfrutar de sus labios pares, sirviéndose de los quejidos de la pequeña para fundirse.

Un empujón más y la raptada dejó de chillar. La pira dejó de arder, el humo proseguía espesándose y ni el macho cabrío ni las mujeres se dejaron interrumpir. Así eran trece segundos fuera noche.

Capítulo 1

Gritos chirriantes eran los que cada noche se colaban por encima de las murallas y llegaban a los atentos oídos de Blanca, una jovencita que a veces soñaba caminando desnuda por un monte y bailando al son de su extraña música. Se sentía llamada. Eran una decena de grillos los que coreaban una bienvenida que ella todavía no entendía, pues era una inocente muchachita de Altafulla que los últimos días se los había pasado entreteniéndolo a su hermanito: narrando aventuras fantásticas de caballerías con sus figuritas de madera, escuchando a Anna tocar su arpa, jugando a atrapar lagartijas y coleccionando sus colas, saltando escalones pares e impares o, como hacía aquella mañana, deslumbrándolo con equilibrios.

Sobre una repisa iba Blanca, ajena a caer a cualquiera de ambos lados. Jaumet, un chiquitín de cara alisada como la sencillez, a un lado la miraba expectante; animándola a llegar al final. Al otro estaba Anna, su mejor amiga, que sin ningún tipo de vileza le ofrecía la mano para bajar por si de repente temiera cada paso.

Tropezó de golpe, pero estiró los brazos y adoptó una posición similar a la de un gato asustado. La altura de la repisa no era abismal, de estar en el suelo tan solo le superaría por una cabeza, una tercera parte de lo que las murallas. Sin embargo, se cegó e hizo negativas a las peticiones de Anna, que la tentaba a bajar. Haciendo caso omiso, se puso de pie con cuidado. Aleteando con los brazos, abrió los ojos y fijó su mirada en el cielo para no ver la caída que de repente le provocaba vértigo. Ignorando al querubínico Jaumet y a su gentil amiga, prosiguió hasta el final, avanzando poco a poco.

—Felicidades —dijo Anna con una sonrisa ladina mientras extendía su mano como una invitación. La aceptó por necesidad y Anna ayudóla a bajar.

Al momento Jaumet la abrazaba y congratulaba por cruzarla entera. A ella le contentaba haber podido entretenerle con un poco de equilibrio en unos días en los que estaba sin los demás cachorros de su camada. Según se le había contado al pequeñín, sus amiguetes se habían ido de viaje con unos tíos más allá de Altafulla y quién sabía cuándo volverían.

Era un mediodía cualquiera y con su hermanito acompañó a Anna hasta el portal de su casa, en la calle del Trull, antes de encaminarse de vuelta a su hogar en la calle de Baix. En familia comieron con avidez, puesto que aprovecharían que era domingo, día de reposo del Señor, para salir al monte al norte de Altafulla a recoger setas, una de las mayores aficiones de su padre, Marc Casís, y razón por la que el recién empezado otoño era su estación favorita. Blai Monlleà también vendría, el vecino y joven dueño del corazón de Blanca.

Bien comidos se reunieron con él. Blai iba acompañado de su hermanita Beatriu, «la cerdita» para todos los niños que quisieran incomodarla por su nariz excesivamente respingona y su oronda forma. El chico, en cambio, era delgado y más guapo por don natural que por joven. Le sacaba unos cuatro años a Blanca y llevaba una cesta colgando del brazo.

—¿Estás listo, joven? —preguntó Marc Casís.

Blai afirmó con la cabeza a la que levantaba la tapa de la cesta, revelando un par de navajas.

—Haces bien en cortarlo por el pie.

Empezaron a subir por la calle hasta el portal de Vall. Blai marchaba hablando con Marc y Blanca embelesada con su imagen. Jaumet empezó a tironear de las faldas azules de su hermana para susurrarle:

—¿De verdad vamos a ir con «la cerdita»?

Blanca le arrebató los volantes recriminándole con que no fuera

grosero. Beatriu se dio la vuelta, como si lo hubiese oído, y les sacó la lengua. El zagal devolvió el gesto antes de ser represaliado con que no fuese obsceno.

—¡Pero ella también lo ha hecho! —protestó Jaumet, aunque Blanca le dijera que ése era su problema.

Salieron por el portal de Vall, vigilado por Pol Bonanit, un guardia ocioso que estaba cabeceando del sueño y era supervisado por gatos. Les deseó que tuvieran suerte y que andasen con cuidado, que afuera era un lugar peligroso.

No en balde estuvieron pasando una alegre y divertida tarde en el Puig d'en Jacques, unos montes al norte de Altafulla, no muy altos pero densos y boscosos con robles, encinas, pinos y nogales; a través de los cuales difícilmente se veía la pequeña ciudad y el cercano mar, un poco más allá, que se camuflaba con el cielo, ambos azules y tranquilos. Mientras Blanca velaba por Blai, Jaumet no se separaba de su hermana. Marc no parecía ir con el resto del grupo, puesto que escarbaba entre todos los arbustos del monte como un cerdo ávido de trufas. Fueron adentrándose poco a poco, más y más en la vegetación del monte.

El mayor descubrimiento lo hizo Jaumet al apartar un arbusto a un pino pegado. Eran robellones.

—¡Hermana, tráeme un cuchillo! ¡Mira lo que he encontrado!

Acudió Blanca y desenfundó un pequeño hierro que entregó a Jaumet.

—Ve con cuidado, que corta, ¿eh? —le decía con un tono maternal mientras le tomaba de sus manitas para ayudarle a cortar las setas por el pie.

A la que llevaban tres, se acercó Blai interesado preguntando por si habían encontrado algo.

—Sí, pero son míos, los he encontrado yo primero —fue la respuesta que entregó. Blanca convenció al pequeño de que no fuera tan egoísta y de que compartiera, que así se lo pasarían mejor.

—¡Robellones! —exclamó Blai al ver su secreto, atrayendo la atención de Marc, que alzó la cabeza y vino raudo desde donde

estaba. Ambos se pusieron a recogerlos sin piedad y el pequeño, en vez de espetar nada, se separó enfurruñado. Blanca fue tras él.

—Venga, no te pongas así.

—¡Que hagan lo que quieran! No sé por qué me traen si no me dejan.

Intentando cambiar de ángulo, le convenció de que, como era un buen niño, a lo mejor Dios les había guardado un lecho de setas que encontrarían por escondido que estuviera. Los ánimos de Jaumet volvieron y juntos buscaron por la zona sin alejarse demasiado de los adultos, que parecían orar a los robellones.

Acabaron por encontrar un tesoro: un lecho entero de trompetas amarillas que no cabría ni en cinco cestas. Jaumet le pidió a su hermana silencio y ella le entegó el cuchillo mientras le condicionaba en voz baja— Con cuidado, ¿me oyes?

Empezaron a recoger del divino regalo. La mayor se fijó en cómo el lecho, escampado más al fondo entre arbustos y pinos, tenía un color carbón. También advirtió el fétido olor que manaba de las setas, como a foso. Avisó a su hermanito de que mirara dónde ponía las manos, no fuera que algún jabalí hubiese defecado ahí mismo. Iban llenando la cesta.

Toqueteaban cada seta y la examinaban antes de cortarla. Jaumet, tras observar los gestos delicados y elegantes pero no menos eficaces con los que su hermana cortaba, intentó imitarla y rebanó con tanta facilidad el pie de una trompeta amarilla que se hizo un corte en el dedo. Chilló de dolor y un hilillo de sangre goteó sobre las setas encestadas, anaranjándolas. Se llevó el dedo a la boca y musitó arrogante — No me ha dolido —, aunque su expresión indicase lo contrario.

Vinieron Marc, Blai y Beatriu— ¿Pasa algo? —preguntó el padre.

—No es nada —declaró Blanca, aunque ya supieran que el pequeño se había hecho daño en el índice.

La chiquilla le dedicó una mirada burlona y en respuesta se sacó el dedo de la boca defendiendo que ya no le dolía. Empezó a lamérselo cada vez que manaba algo de sangre.

—Bueno, si es así, ¿qué habéis encontrado? —dijo su padre, Marc.

—¡No! ¡Que los hemos encontrado yo y mi hermana! —se apresuró a encubrir Jaumet, tapando sin éxito el acceso al lecho.

—¡Ahí va! ¡Has encontrado trompetas amarillas! —prorrumpió el padre.

—¡No! Son nuestras —dijo Jaumet saltando sobre el lecho en el que resbaló. Cayendo a la parte más alejada, ahí donde las setas ennegrecían y apestaba.

—No me he hecho daño —dijo incorporándose.

Los demás vieron cómo iba a levantarse, pero en su lugar retiró una mano mientras miraba temblequeando a su derecha.

Blanca fue a él— ¿Pasa algo? —sólo para acabar viendo lo mismo al llegar. Inspiró con fuerza del sobresalto y prefirió excusar la vista. Los demás acudieron.

Beatriu se aferró y hundió la cara en su hermano, también sobresaltado. Hasta a Marc le impactaba. Niños como Beatriu y Jaumet habían tenido la suerte de crecer en un espacio tranquilo y protegido, era la primera vez que lo veían. Blanca y Blai podrían contar los que habían visto en su vida con los dedos de una mano. Al menos de Marc se esperaba que estuviese acostumbrado, pero aquella imagen impactaría a cualquiera: sobre el lecho de setas carbonizadas se cernía un cadáver, mas no se podía decir que descansara en paz y, peor aún, no era el único.

—¡Blai encárgate tú de esto! Lleva corriendo a mis hijos a casa e informa a la guardia. Yo me quedo aquí, dad voces para encontrarme. —dijo Marc tomando la iniciativa. Blai se orientó gracias al mar y marchó con el resto.

Ahora, aun sin su padre, Blanca se sentía segura. Por mucho que a Blai apenas se le consideraba un adulto por tener unos pocos pelos en el mentón, él les protegería. Era un hombre hecho y derecho preparado a enfrentarse los males del mundo que no dudó en cargar con Jaumet por ser sus pasos demasiado cortos.

Cruzaban una arboleda indiferente a lo que acababan de presenciar, tanta quietud la amedrentaba. Aunque Blanca recordara estar en el Puig d'en Jacques, lugar por el que había rondado muchas veces en su infancia, no podía afirmar que siguiera en el mismo mundo: hasta el más mínimo ruido se intensificaba, el cielo parecía quedar oculto tras la compactación de ramas y había sido desagradable mirar al suelo:

No dormían como cuerpos inconscientes soñando el áureo reino, seguían padeciendo y su ulular era mudo.

Beatriu miraba nerviosa a todas partes. La vuelta se hacía más larga que la ida y hasta parecía oscurecer cuando, oteando, se quedó fija en una dirección, de espaldas al resto y temblando. Profirió un grito y huyó con formidable presura al tiempo que alargaba su chillido. Huía a tanta velocidad que, cuando su hermano reaccionó y fue tras ella haciendo bajar a Jaumet, creía no poder alcanzarla. Blanca, temiendo quedar desamparada, intentó ir tras él.

Hubo corrido lo suficiente como para darse cuenta de que había abandonado a su hermanito. Dada la vuelta, vio cómo estaba sentado, sollozando con la cabeza entre las rodillas. Le había abandonado.

Empezó a caminar insegura a donde aguardaba su hermanito mientras todos aquellos elementos extraterrenales le captaban los sentidos: oía respiraciones, veía una silueta extraña pasar entre los árboles y un hedor a humo acechaba. Casi tropezó con un rastro de huellas grandes y profundas que aparentaban carbonizadas. Le dio la sensación de que cada paso que daba era un riesgo a tomar y el bosque, poco a poco, parecía moverse.

En su nuca cayó un resoplido, caliente como un vapor que escocía, sulfuroso.

Hasta que no se dio la vuelta no pudo comprobar que tras suyo tenía algo completamente ajeno al Puig d'en Jacques de su infancia. Incluso podría decir que no pertenecía a este mundo. El humo provenía de un hocico casi tan grande como su cabeza, guardado por un par de colmillos, unos ojos despiadados y la línea de una

boca que se torcía en una sonrisa humana, expectante de cruel diversión.

Blanca no pudo estirar los brazos en pos de detenerle, sólo podía temblar, esa cosa la embistió. Las piernas le fallaron a un lado por puro instinto, pero rozó contra el enorme cuerpo del monstruo que cargaba y cayó rodando más dolida por la incandescencia del animal que por el vigor del roce.

Sobre sus cuatro patas se dio la vuelta veloz para embestir de nuevo. Blanca corrió a refugiarse tras la cobertura de un árbol, que no tardó en quedar partido por la carga del monstruo. Astillas ennegrecidas se esparcieron ante ella, que gateó para salir huyendo del bégimo que la perseguía. Se lanzó de cabeza a un lado para evitarla de nuevo, pero esta vez tan sólo consiguió ser arrollada.

Chilló de inmenso dolor hasta saltársele las lágrimas. El monstruo que repentinamente la perseguía le había aplastado la pierna, de modo que veía sobresalir su tibia de entre la carne como un monte escarpado. No sangraba mucho y su herida se había carbonizado, lo que no hacía más que carcomerla en su llanto.

El demonio, que en la embestida había partido otro árbol, se deleitó con su dolor y el pavor que la paralizaba. Se alzó sobre dos de sus patas entonando una risa gutural y clamó fuego.

Luego, se quedó mirando largamente a su encogida víctima con una sonrisa imposible para su fisionomía. Se acercó paso a paso a Blanca, saboreando cada quejido suyo. Ella, tan pendiente de su inminente muerte, no se dio cuenta de que el árbol antes partido se estaba restableciendo.

El monstruoso animal se pavoneó ante ella y ni advirtió que una raíz empezaba a trepar por su pata.

No fue hasta que el dolor que Blanca sentía por su pierna se rebajó hasta ser insoportable que vio cómo aquél monstruo era engullido por las raíces de un árbol que lo retenía. Vio al demonio escupir fuego para liberarse. Ella, desconcertada, pasó a ni siquiera saber el qué y olvidó el mundo en cuanto unas raíces empezaron a entornarla, estimulando al máximo todo el dolor que la incapacitaba.

La vista se tornó en un suave naranja rojizo. Fue entonces cuando empezó a oír y a oler. Eran el crujir de unas hojas secas y un incienso lo que la acompañaba, no notaba ni el recorrer de la más leve brisa. Fue abriendo poco a poco los ojos mientras unos haces de luz, que se filtraban por entre un denso ramaje, parecían apartarse cuidadosamente para no cegarla. Empezó a sonar una voz parecida al murmullo de un mar calmado y olía a vegetación fresca y seca. El aire estaba estancado. Por un momento volvió a cerrar los ojos, sin querer ver más de lo que la rodeaba, sus otros sentidos ya le brindaban el paraíso.

El tiempo parecía haberse detenido, tenía la boca pastosa, pero todas las sensaciones eran las mismas: rayos de luz filtrándose, el rumor de una voz natural, olor a frescura y un calor agradable. Se fue irguiendo y empezó a notar cómo arrastraba hojas secas. Vio a una figura sentada y de espaldas sobre una enorme raíz. Blanca se arplegó sobre sus dos piernas.

Dicha silueta, al levantarse, darse la vuelta y ofrecerle un cuenco, se reveló como una señora anciana, con la piel plegada como la corteza y el tronco de una cepa añeja. Blanca bebió del brebaje a sorbos mientras la anciana volvía a su labor.

Contemplándola, advirtió que iba desnuda, algo que la habría escandalizado de no ser por el pudor que mostró en cuanto le entregó el cuenco de vuelta, como si ya fuese naturalmente vestida. También dábase cuenta de que, a pesar de sus arrugas, su piel era de un moreno muy claro, su cabello perfectamente castaño y sin canas. Poco se parecían, pues ella era de piel morena, más oscurecida aún por el sol mediterráneo, el cutis liso como el mar de la costa tarraconense, como sus codos y rodillas suaves y sus manos y pies finas; la nariz, gorda, y su boca larga se oponían a los estándares que imponían su cara angulada, las orejas pegadas y planas, sus pequeños ojos marrones y su rizado pelo, negro como la madera carbonizada, el cual debería tenerlo recogido en un moño, pero ahora lo llevaba suelto.

Descubrió en su pierna una enorme cicatriz, lo más horrendo en todo aquel lugar, y lo peor de todo, no sabía el porqué. Sólo quedaba un suave y apacible picor.

Se levantó y se dirigió a la anciana, educadamente, preguntando por su nombre y dónde estaban.

—Hace mucho tiempo, no muy lejos de aquí, nació una niña que llamaron Llum parte de su vida.

Un poco molesta, replicó con que sus padres sí le habían dado una educación y se presentó como Blanca Casís Ridàn.

—La jovencita tenía una vida sencilla, aunque su apellido era entonces considerado, por muchos, uno embrutecido con la avaricia.

Blanca se adelantó para ver de cara la anciana, creyendo que así atendería. Mas, al ver su faz, la invadió una calma infundida por el sosiego que transmitía a través de sus rasgos. Echó un vistazo a sus manos y vio cómo cortaba unas raíces sobre un tablón de madera y las aplastaba, depositando su jugo en un cuenco con agua. Blanca preguntó por su labor, pero la anciana seguía con su relato:

—Aprendió a leer, aprendió a conocer. Aprehendió a conocer, aprehendió a temer. Vivió sucesos que nunca olvidaría, otros tantos desearía olvidarlos, y unos pocos solo sabría de su mera existencia por las marcas que le habían dejado —decía con el tempo de las olas.

Se sentó en el suelo e instintivamente apoyó una de sus manos sobre su cicatriz, que hormigueaba cómoda, sin dejar de mirar la faz de la anciana. Inquirió sobre su paradero, ella en cambio dio fin a su relato:

—Terminó por marcharse, sola mas acompañada.

La anciana de la cepa pareció satisfecha con su extraño caldo color marrón amarillento y se lo entregó a Blanca. Lo tomó poco a poco y notó que se le caían los párpados con un murmullo: a será.

Despertó recostada a un árbol, encarada a la muralla norte de Altafulla. Oyó unos pasos acercarse prestos a ella.

—¡Al fin! ¡Al fin te encontré! —Era Blai.

No supo cómo responder hasta que la tuvo con un abrazo. Correspondió con el mismo gesto pudiendo apreciar las lágrimas filtradas por sus ojos mientras decía— Por favor, nunca, nunca... vuelvas a desaparecer de esta forma.... No te quiero perder.

Blanca hubiera deseado responderle «Siempre estaré a tu lado» pero, quizás por instinto, quizás por no tener tiempo a pensar, quizás por la pasión íntima, volvió a abrazarle con fuerza.

Era de mañana y Blai la acompañó a casa. De camino, el guardia del portal y la gente lo adujo a un milagro del cielo y a que Dios le había procurado el bien. Lo mismo al llegar a casa, su madre santificó Su nombre tras abrazar emocionada a su hija. El padre no estaba, pero Lluïsa Ridà se encargó de que alguien fuera a buscarle para darle la buena nueva. Jaumet corrió a abrazarla y le preguntó que por qué había tardado tanto en dar esa vuelta por el bosque. Mucho más tarde llegó Marc, que pasmado dióle las gracias a Dios y prometió ser un cristiano más ejemplar antes de correr a abrazar a su hija.

Marc y Lluïsa convinieron con Blai que su retorno era motivo de celebración y que deberían reunirse ambas familias para cenar juntas, ya que, como comentó Blai y todos sabían, a excepción de los críos Casís, algo parecido había ocurrido con su hermanita.

Poco más tarde salió con su madre a comprar patatas y cordero con el dinero de ambas familias. El carnicero Francesc Solsera les vendió lo que él defendía como la mejor vianda mientras alababa la bendición divina con la que contaban.

A Blanca la distrajo el barullo que se originó en la plaza del Mercadal con la llegada de un carro de funestos aires. Estaba entrando por el oeste y buscaba una forma de pasar por entre tanta tienda. Los dos guardias que acompañaban el carro empezaron a ayudar a los tenderos a apartar sus puestos lo suficiente como para ceder paso a lo que intentaba cruzar la plaza para llegar a la Vila Closa, la placita que antecedia el castillo y la iglesia.

Anticipadamente se abrieron las puertas del castillo por las que salió Pere Fastellet, en compañía del teniente de la guardia, Claret

Cové, y el mosén Joan de Resé, que esperaban a los tripulantes del carro para darles la bienvenida.

Observó cómo varios de los viajeros iban bien armados, pero se fijó en uno de ellos. Uno que era mayor en edad y tamaño al resto. Aquél señor llevaba un sombrero en la mano y la enturbió fijarse en cómo, a pesar de ello, tenía una mirada encapotada. Algo que pudo verificar el instante en que aquél hombre le devolvió una rápida mirada. Siempre había oído que los ojos eran las ventanas del alma; en el caso de aquél hombre, las ventanas eran de un cristal totalmente opaco.



Melodía la del órgano quizás fuera, o el que la gente a su alrededor permaneciese callada, lo que llenaba de paz y calma a Guillem. Todas las voces charlatanas y gritonas ahora en silencio y sentadas en filas, unos pocos de pie. Nadie quería sentarse en su mismo banco. Pero todo aquel presente, pedestre o sedente, prestaba atención al recital del padre; erguido tras el altar en el ábside. Un poco de quietud es lo que necesitaba y agradecía estar solo.

Aunque hubiese pecado en más de una ocasión, siempre fue perdonado por sus actos y era gracias a la música del órgano, los salmos, los recitales, las misas y la confesión que su alma no sufría por mucho tiempo. Asistía no solo para encontrar el perdón, sino por la esperanza de que la humanidad pudiera ser salvada.

De la divina melodía del órgano tomó consciencia del presente en cuanto se pasó del recital al salmo cantado. Un monje balanceaba de aquí para allá un botafumeiro cargado de un fuerte incienso que aportaba más al hedor a cerdo que desprendía Cervera que a apaciguarlo.

Al término de la misa, Guillem no salió de la iglesia con toda la gente. En aquel momento no quería estar entre una multitud. Había pecado y fue en busca del perdón.

Confesado otra vez en Sant Antoni de Cervera, se internó en su habitación en el convento de aquella iglesia para realizar un poco de ejercicio. Hacía años que había adoptado la costumbre de entrenar solo y encerrado. Entrenar en público o con alguien era arriesgado.

La mayoría de esfuerzos poco le costaban, era de brazos duros, pero hacía unos meses que la espalda no soportaba tantísimo peso. La edad no le cargaba los hombros tanto como el lumbar. Al terminar, se desnudó para lavarse el sudor de todo su cuerpo con un extenso paño, aunque mereciera más la pena limpiarse en el río d'Ondara, al sur de Cervera.

«Eso haré. Necesito relajarme, necesito descansar», pensaba mientras se ceñía sus calzas de gregüescos blancos y bragueta. Se vistió con su oscuro colete de ante rojo con mangas blancas. Se calzó con sus densas botas marrón negruzco y, para finalizar, se puso un sombrero coronado por una larga pluma amarilla.

Tras comer con los monjes antoninos del convento, se dirigió al d'Ondara. Guillem iba paseando por las calles de Cervera evitando la calle Major; calle que suponía la columna vertebral de la ciudad, no tanto hartas de gente comprando, vendiendo y haciendo trueques como de varios grupos de jóvenes charlando y un par de camadas de críos correteando y jugando.

Solo llevaba tres meses en Cervera y se conocía cada rincón de la *paeria*. Dentro de la muralla, una población entera se articulaba alrededor de la calle Major, acabada en ambos extremos por una iglesia, Sant Antoni al norte y Santa María al sur. Estaba llena de angostos afluentes que alcanzaban el muro al que se arrimaban numerosas casas. Todos los edificios parecían haber sido planificados por auténticos arquitectos, comedidos con su oficio dado a las trabajadas fachadas de cada hogar. Fuera, el sol quemaba y sólo había campos cubiertos de cultivos de secano. Ahí donde el suelo era demasiado duro y la distancia entre la superficie y la roca madre era poca, se montaban pequeñas granjas, sobre todo de cerdos.

De camino al d'Ondara no dejó de pensar en cualquier buena

ciudad donde pudiera pasar mejor desapercibido, donde no se le conociera mucho y que estuviese lejos del mar. La idea «mar» tan sólo tenía que pasar por su cabeza para detenerle por completo. Miró desconfiado a los alrededores y pudo comprobar perfectamente que los campos infinitos de Cervera lo mantenían bien alejado del mar. El terreno era llano, a diferencia del resto del principado, cuya irregularidad constante semejaba a un rostro arrugado por la ira. Ahí todo era tan plano que, sin dificultades, se podían ver aquellos pueblecitos, empequeñecidos por la distancia, orgullosamente cobijados bajo la protección divina de la iglesia o monasterio alrededor de la cual se articulaban. Al norte, tras Cervera, sí que era capaz de ver la silueta de los pirineos, sólo si forzaba la vista. Deseaba que su próxima estancia fuese en Vic, ya había estado anteriormente, y tenía todo lo que le hacía falta: belleza arquitectónica, suficientes habitantes como para no cruzarse constantemente con las mismas personas y una frecuente niebla en la que perderse y no ser encontrado por aquellos que de él rehuían.

Mientras alcanzaba el riachuelo, observó cómo un grupo de jóvenes, que se lavaban cerca, se divertían chapoteando y riendo a carcajada limpia producto de unas conversaciones todavía no audibles. Se fueron tornando en palabras sueltas que, bajo un contexto elaborado, pudo adivinar de qué hablaban. En la ribera ante el río permanecía sentado, no muy lejos de los mozos cuyo regocijo no les permitía ver más allá de sus brazos. Ahora les oía perfectamente:

—¡Venga, Miquel! ¡Cuéntanoslo de una vez! ¿Qué hiciste toda la mañana con Remei?

—Que no, Eloi, que no.

—Pues te voy a hacer hablar

Se oyó un poderoso chapuzón y a continuación, aparte de las carcajadas, una voz exclamó con agua interfiriendo:

—¡Geroni! ¡Animal!

—¿A que repito?

Con un jaeo, el nombrado Miquel replicaba— Mira, niño,

como lo vuelvas a hacer, te meto una galleta. Hoy Remei estaba preocupada.

—Preocupada de qué, ¿la has embarazado?

—¡Cállate, Geroni!

—Uuuuy, hombre, esto no va a ser bueno para la reputación de tu familia.

—¡Cállate, Eloi! Que hoy estaba preocupada porque... ya sabéis de quién era vecina y... ya sabéis qué ha pasado.

A la que aquel joven terminó su última frase, Guillem se quedó quieto y notó cómo la diversión de los adolescentes iba menguando. Eloi y Geroni de golpe pasaron a consolar a Miquel y en nada advirtieron su figura, completamente vestida y sentada en la ribera del cauce.

A Guillem ni le hacía falta ni mirar ni oír, él ya sabía que los jóvenes le habían visto de una vez y que por ello estaban recogiendo su ropa antes de salir corriendo. Sin importarles que la brisa acariciara su desnudez, se alejaron de una vez.

Se desvistió y entró con el agua a medio término entre el tobillo y la rodilla. Se remojó el resto del cuerpo. Estaba tibia. No era tan agradable como se lo había imaginado. Sacó la esponja de una bolsa y comenzó a frotarse rudamente su cuerpo cicatrizado y moteado de quemaduras pasadas, como si quisiera despojarse de algo más que el sudor y la suciedad que tenía en la piel pegada. La corriente ya se llevaría toda la roña y por fin estaría limpio, por mucho que algunas de las cicatrices todavía le hicieran contraerse y separar los labios: enseñando una mandíbula apretujada, sucia y babosa, con algunos dientes picados y torcidos y entornados por una línea roja que los separaba de las encías.

Pensó en los jóvenes que chapoteaban en el río hacía unos momentos. La forma en la que habían huido. Lo detestaba. No se limitaba a ellos, también estaba la gente de Cervera y cómo siempre le evitaban, cómo siempre se callaban ante su presencia y cómo siempre se mantenían alejados de él, incluso en las misas. Nunca nadie le daba conversación a menos que él se esforzara en querer

hablar con alguien. Incluso los monjes antoninos que le habían acogido le trataban con distancia y comían separados de él. Aun habiendo estado tan solo unos tres meses, todos le conocían y rechazaban. Como en todas partes allá donde fuera.

A medida que sus pensamientos desembocaban en otros, pasó de fregar a restregar y hasta lijar. De la fuerza con la que la apretaba contra su piel, empezó a sangrar en el costado derecho. Apenas salía sangre de la rascadura, ni siquiera se percató.

Y tiró iracundo la esponja contra su montón de ropa y espetando a la nada:

—¡Encima que les hago un favor!

Con los brazos cruzados, le dio la espalda a sus enseres y, al rato, se aclaró la cabeza.

El sol tardío le secaba el cuerpo a un Guillem desnudo en la orilla del d'Ondara. Desde que había salido del cauce que avizaba a una silueta infantil en el oeste que, si no se le había quedado mirando, se movía muy poco.

Ya sabía de qué se trataba, por eso se había quedado en la ribera, para dejar que aquel mensajero se le acercara por iniciativa propia. Nunca olvidaba aquella vez en la que fue él quien se aproximó a un infante recadero que acabó por mearse encima y ponerse a llorar a moco tendido de lo sucio que se sentía, quizás más por hacerle un favor que por la vergüenza de haberse meado.

Se sentó de espaldas al mensajero, le iba a dar el tiempo que necesitara. El zagal se acercó con la misma lentitud con la que el sol recorre el cielo, hasta alcanzar a Guillem al mismo tiempo que el astro lo hacía con la tierra.

—¿G-Guillem?

—¿Sí?

—T-traigo una carta d-de parte del mosén Llo-Llorenç.

Ya podía levantarse y encararse al muchacho. Él era el completo opuesto del niño, pues ante un angelito bajito, delgado, flojo, de cabeza redonda y flácida, sin apenas vello pero melenudo y con el cuerpo sólo atacado por la suciedad; se encontraba un hombre

alto, corpulento, fuerte, de facciones toscas, frente arrugada, con unas cuantas canas en una barba que le alcanzaba el pecho, calvo en la coronilla y con la piel horadada por cicatrices y calada de quemaduras.

El querubín no dejaba de temblar. Guillem le tendió la mano, no quería hacerle caer en el llanto. Tomó la carta y el pequeñín fue retrocediendo poco a poco hasta que echó a correr. Estaba atardecido y prefería leerse la carta en su habitación a la luz de una vela. Ya sabía de qué iba, pero lo que le importaba eran los detalles.

Dispúsose a vestirse cuando le asaltó una intriga, tenía todos sus ropajes, pero no encontraba su broche. Descartó al instante que alguien se lo robara: si la gente no osaba acercársele, nadie se atrevería a robárselo. Fue barajando que se lo hubiera dejado en su habitación, en el confesionario o que se hubiese perdido por la orilla.

Estuvo escarbando entre el césped seco de la ribera hasta que le vino a la mente una imagen momentánea: en el interior de una habitación a oscuras, un hombre herido en el estómago, sangrando, se reclinaba a él y le agarraba del colete con la poca firmeza que le queda. El hombre expira unas últimas palabras y cae vencido por el dolor sobre una mesa partida en dos.

Acabó por vestirse y de nuevo a Cervera se encabezó. Todo lo que le quedaba por hoy era una simple cena, una carta para leer y un par de loanzas al Señor antes de ir a dormir. Sin embargo, antes de volver al convento debía hacer una parada obligatoria: se trataba de una calleja afluente a la calle Major, era estrecha y comenzaba con una vuelta de cañón sobre cuya bóveda descansaba un primer piso relativo a la calle principal.

Bajó por el estrecho callejón cuyo extremo se abocaba a la muralla. Las fachadas crecían burdas y tortuosas y estaban ennegrecidas por el cielo crepuscular. Se detuvo ante una puerta que reconoció y, en cuanto puso su mano para llamar, un vago ruido captó su atención.

Torció la cabeza a donde supuso su procedencia: en el bloque de pisos anejo, según recordaba, vivían Jaume y María Bonet, una

joven pareja, en el principal; el primer piso estaba vacío; y en el segundo vivían Carles y Carme Rius con sus cuatro hijas, Remei, Joana, Dolors y Asunció. El ruido que le había alertado provenía de arriba.

«Seguro que habrán sido las niñas», pensó Guillem queriendo ignorar a los vecinos antes de llamar a la puerta que le interesaba.



Ahí dentro, una pareja adulta acunaba a su bebé, que tierno se aferraba todavía al pecho de su madre, cuando irrumpieron unos golpes. El marido acudió a la llamada, saliendo de la recámara que era el dormitorio.

—¿Quién llama a estas horas?

—Si me perdonáis voy a entrar. —Fue la respuesta.

El marido corrió a por su esposa y la agarró del brazo a pesar de su confusión:

—¡Tenemos que salir de aquí!

Oyeron cómo el intruso abría la puerta sin cuidado. Ella no entendía nada de lo que estaba pasando hasta que, una vez hubieron salido al pasadizo entre la puerta y las escaleras, comprendió la alarma de su marido y chilló con un espanto que fue correspondido por el bebé. Sus alaridos no solo fueron oídos en toda la calleja, sino que alertaron a los habitantes del primer piso, quienes del estrépito soltaron los boles de los que bebían los cinco miembros de aquella otra familia: que eran una madre, un padre, dos hijos y una hija.

—Cariño, ve a ver qué pasa —dijo la madre al mayor de los retoños, que obedeció y salió del comedor para ir a las escaleras.

Mientras más se acercaba, mejor podía discernir de entre los chillidos el sonido de unos pasos que subían por los escalones. En tanto mejor los apreciaba, más cuidadosos eran los suyos. Se acercó lo suficiente hasta ver por el hueco de la escalera a una sombra que, en cuanto se dio la vuelta para continuar su ascensión, agitó

tanto al joven que solo pudo gritar— ¡Padre! ¡Madre!

La familia acudió lo más de prisa posible a los gritos del adolescente tan sólo para verle estremecido, temblando, ante la figura inmutable de aquél merodeador. Chillaron de espanto y el pequeño se echó a llorar. Aquél infrases se acercó a los padres, que hicieron ademán de protegerse, solamente para pasar de largo, entrar en el comedor y coger un candil con una vela encendida. Luego, volvió a ignorarles y siguió escaleras arriba; al contrario que la familia, quienes tiraron del hijo mayor, que sudaba de los nervios, para evacuar escaleras abajo.



Al segundo y último piso subió Guillem portando la única fuente de luz en su firme mano derecha. El candor de la vela apenas deformaba el panorama con sombras ominosas, sólo iluminaba. Aquello que hasta ayer había sido un hogar, estaba ahora devastado: estantes vacíos y astillados, armarios hendidos, una mesa partida y una cama matrimonial agujereada. El suelo estaba cubierto a su vez por pedazos de cerámica y cristal y la seca sangre que cimentaba todos aquellos trozos que hasta anoche habían encerrado flores, plantas, utensilios de cocina e ingredientes y setas. Lo que había restado, por lo menos en mejores condiciones, fueron un par de cortos libros con ilustraciones de hongos y plantas.

Guillem, al pasar haciendo crujir cristales, pateó uno de los libros que se había quedado pegado al suelo por la sangre seca.

Cerca se encontraba la mesa partida, embadurnada con sangre. Empezó a buscar por el suelo teselado de cerámica y vidrio, removiendo con cuidado cada pieza. Dejó que el tacto le guiara más que la vista.

Sus dedos acabaron por toparse con un pedazo metálico que emitió un tintineo que resultó ofuscado por los sollozos que escalaron por la ventana. Guillem lo recogió y lo examinó con la vela,

era un broche ovalado de color rojo en el que se relievaba una cruz en el centro, con dos espadas a cada lado cuyas puntas señalaban al cielo; era el suyo. Ya mandaría que lo cosieran mañana bien temprano.

Los llantos en el exterior fueron calmándose con unas invitaciones de— Pasar la noche en mi hogar.

Guillem se quedó de pie, en medio de aquella desvencijada morada, hasta que el silencio retornó a la calleja. Hacía cada vez más frío, debía marcharse.

Fue a bajar por las escaleras, pero un sollozo le detuvo el paso por un momento. No provenía de la calle ni de los pisos inferiores. Se originaba en el dormitorio en el que habían dormido juntos un matrimonio.

Le dio la espalda a los lamentos, reprimiéndose:

—Sé que érais inocente, lo de anoche fue excesivo. Que Dios os acoja en su seno.

Bajó hasta salir a la calle, sin olvidarse de devolver el candil que había tomado prestado.

La calleja estaba silenciosa, aparentemente vacía, pero alerta a cada paso suyo hasta que la abandonara.

Para su desagrado, las lentejas estaban frías y el comedor desértico, a excepción de un monje que limpiaba las mesas, esperando a que Guillem se terminara el plato para poder llevárselo a lavar. No quiso impacientar al cenobita y devoró la cena antes de subir a su dormitorio.

La lectura de la carta fue casi automática, era parte de su oficio. Le invadió el sueño y no tardó en irse a la cama, mañana sería otro día.



Bajo el cielo matutino estaba Ferran Coll asegurando el yugo de sus mulos con la ayuda de Climent Naset, uno de sus mejores amigos. El mercenario Naset y sus dos hermanos, Jordi y Tomàs,

llevaban unos cinco años acompañándole y protegiéndole de la presencia de *bandolers* aunque, hasta ahora, tan solo habían tenido unos veinte encontronazos, de los cuales solo cuatro habían acabado en auténtica refriega; las demás veces los *bandolers* habían decidido no arriesgarse una vez Jordi hiciera una demostración de su puntería con la ballesta, usando de diana la faz del primer rufián que se les plantara.

—Ya está, ¡fijado! —afirmó Ferran.

—¿Nos vamos ya? —sonó desde detrás del carro, donde estaba sentado Jordi entre el cargamento de cajas con patatas mientras examinaba cada pieza de su pequeña ballesta.

La negativa de Ferran quedó ofuscada por el bostezo de Tomàs, que tumbado en el banco del conductor, centraba todos sus esfuerzos en no dormirse.

—No —repitió Ferran.

—¿Por qué no le dejamos en Tarragona y que se busque la vida? —preguntó Tomàs a nadie en concreto.

—Hermano —interrumpió Climent—, para eso van a apoquinar. Se trata de alguien importante y nadie querría pagar a un vago. Deja de comportarte como un crío, que ya tienes dieciséis años.

—Nadie me contrataría ¡hasta que me vieran pelear!

—¿Eso lo has aprendido de Jordi? —sentenció Ferran.

—¡Dejadme! Tengo sueño. ¡Hala! Buenas noches —declaró antes de cerrar los ojos.

Estaban en la calle Major, en la cual poco a poco se iban abriendo los comercios a medida que más y más gente transitaba. Ferran y su escolta podían ver como el azul del cielo era cada vez más claro, el único que no notaba el paso del tiempo era Tomàs, pues dormía.

Silencio de repente, indicio para Ferran de que su pasajero se encontraba cerca.

Jordi alzó la vista y vio cómo la muchedumbre le hacía paso a Guillem. Pensó que tampoco era para tanto y que hasta él podía hacer su trabajo, le parecía que la gente hacía un mundo de

su labor. Ciertamente que nunca había sido un testimonio, tan solo sabía de su oficio y de que disfrutaba profesándolo, según le habían relatado.

—¿Sois Ferran Coll? —fue el único saludo de Guillem al comerciante.

Climent se adelantó:

—Sí, es él. Deja que me presente, soy...

—Climent Naset, ¿cierto? Los otros dos en el carro deben ser sus hermanos pequeños: Tomàs Naset, el vago que está durmiendo aquí, y Jordi Naset, el que atesora su ballesta acá.

Tras un breve silencio incómodo, Ferran rompió con que— ¡Ya es hora de partir! —y con que— Deje sus enseres entre el cargamento.

Asimismo, Climent vio oportuno despertar a su hermano. Guillem se subió al carro a dejar su equipaje donde Jordi estaba sentado. No era mucho y abultó lo suficiente como para que su ocupante estuviera cómodo dentro de sus límites. Cuando Guillem tomó un asiento delante, al lado de Tomàs, este pegó un bote al verle con la reducida visión que le permitían las legañas.

Ferran subió el último con las riendas bien asidas, le tocó el hombro a Tomàs y le susurró— ¡Ánimos! Con peores cosas hemos lidiado.

—¿Qué clase de cosas? —inquirió Guillem, molesto.

Desde aquel momento los socios decidieron que sería un viaje muy silencioso.

Las horas de aquella mañana pasaron lentas y tediosas, ni siquiera la parada que hicieron en Lamella para comer pasó rápida. El único que intentó romper la monotonía fue Tomàs con un breve comentario de las ganas que tenía de llegar a Pira, pues, según aseguraba, en ningún sitio hacían mejor la «butifarra negra». Pero tan pronto calló, el silencio se apoderó del carro. Normalmente, Tomàs y compañía habrían aprovechado para soltar chistes verdes y sin gracia; por una vez se hizo una excepción.

Jordi, que tenía a su lado el equipaje de Guillem, se entretuvo a base de imaginar qué era lo que llevaría en la bolsa: ¿una Biblia?, seguro; ¿cuchillos?, probable; ¿embutido?, a lo mejor; ¿una estaca?, no sabía; ¿veneno?, no lo descartaba. Pero lo que le llamaba la atención era la otra pieza de equipaje cuya forma no dejaba lugar al misterio que encerraba: era una cruz grande como él, envuelta en lino de arriba a abajo.

Estuvo meditando sobre el propósito de tamaña cruz y empezó a narrarse historias para sus adentros en relación a dicho ítem. Aunque también le pareció una vanagloria y un insulto el que ese viejo la arrastrara por el mundo como si de un mártir se tratara.

En cuanto llegaron a Pira anochechía. Climent se bajó del carro mientras Ferran lo aparcaba en los establos de la misma posada a la que entró.

El Naset fue recibido con alegría y hasta el dueño y su esposa salieron a darle un abrazo, por un momento dejó de sentir la presión que le había oprimido en todo el viaje. Se sentía como en casa. Pero que no le faltase avisar al dueño de que prepararan su mejor plato, que— Hoy traemos a un invitado, poco gracioso pero importante —además de preguntar por el estado de Karine, una jovencita francesa, camarera en la posada, a la que Tomàs Naset le había echado el ojo hacía tiempo y que, — ahora que está un poco cabizbajo —, como inventó Climent, su presencia le animaría.

Los cinco viajeros compartían la misma mesa y disfrutaban de una comida que era pobre por campechana pero rica en sabor. Las tensiones antes acumuladas ahí tuvieron su rebajo.

Guillem, que, por fin, tras meses deseando, pudiendo comer en compañía y en paz, sin tensiones, se sentía incómodo. Incluso en los viajes más largos le habían dejado aparte y, en la mayoría de las comidas en las que tocaba codos con los demás anfitriones, eran las cenas de bienvenida que organizaban los nobles de los castillos a los que acudía; cuando se daba el caso de que tuviese que residir en una torre en vez de en un convento. Aunque por mucho que quisiera comer en compañía como uno más, una vez en mesa, le era extraño.

A pesar de la fama que rodeaba a Guillem, Ferran consideró que no era tan horrible estar cerca de él. Habían viajado juntos todo el día y ahora era la segunda vez que comía a su lado. «Si hasta parece alguien educado».

Climent no dejaba de pensar en cómo alguien como él, con la reputación que se cultiva allá donde va, podía parecer simplemente un hombre mayor y antipático. Esta misma opinión creció con fuerza desmesurada en Jordi: «No es más que un viejo que hace mucho ruido».

Con esa misma idea pululando por su cabeza en cuanto se terminó el plato, quedose quieto y echole una mirada a Guillem que disparaba vituperios con la misma precisión que tenía con la ballesta.

El pasajero no tardó en advertir la mirada despreciante del mercenario.

—¿Qué?

—Nada... —respondió Jordi sin mover ni un ápice su mirada.

—¡Jordi! —le llamó la atención Climent.

El mediano de los hermanos giró únicamente su cabeza en dirección al mayor, barriéndolo todo:

—¿Qué quieres?

Climent detestaba cuando su hermano transformaba su orgullo en un virote que disparar a los demás en forma de superioridad. Le habría alzado la voz, no sólo ante tal ofensa, sino ante tal comportamiento impropio del hombre que debía ser, pues tenía diecinueve años, no trece, de no ser porque intervino la risueña Karine preguntando que si les gustó la comida y que si alguien quería un poco de fruta, todo dicho con un acento narbonés que encandilaba el oído de Tomàs, quien, desde el momento que entró en la posada, en ella todos sus sentidos colmó.

—No quiero, gracias. Paga Ferran, como siempre —dijo Jordi antes de levantarse e irse a los cuartos que habían alquilado.

Los de Cervera durmieron en dos habitaciones dobles, como siempre. Guillem solo, como siempre.

Cantaba el gallo y de las letrinas cercanas a los establos salió el infame aliviado. Había oído de la boca de Ferran y Climent que partirían pronto, por lo que se dirigió a la cuadra. Quería sacar la Biblia para releer Eclesiastés y Nahúm y luego la carta para distraerse repasando los detalles.

Jordi, listo para la marcha, estaba jugueteando con los virotes fuera de su carcaj. Había advertido su presencia, aunque le ignorara hasta tenerlo muy cerca.

—¿A qué vienes?

—Voy a sacar algo de mi bolsa.

El mercenario se giró para Guillem, apuntándole con un virote en la mano— Deja de hacerte el mártir. Es ridículo.

—Dejad de comportaros como un idiota.

—¿Y tú qué? Vas de pueblo en pueblo aterrorizando a la gente y luego viajas con una cruz enorme como si fueras un penitente. ¿Quién te crees que eres? ¿El hijo de dios?

—Vivo para servirlos ¿y me tratáis de esta forma?

—No te tengo miedo, no soy como esa panda de cobardes.

Aunque los ataques tan directos le enfurecían, mantuvo su compostura, pues esta clase de insolencias las había visto en todas partes y nunca llevaban a buen puerto.

Dentro de la posada estaban ya Ferran y Climent en el portal esperando a Tomàs, que se despedía de Karine con un— ¡Volveré! —que hizo sonreír a más de uno capaz de oírle.

Al salir fueron a los establos, donde encontraron a Guillem leyendo una biblia en latín. Mientras, Jordi estaba sentado en el poco espacio de la carga y apuntaba al aire con la ballesta, de vez en cuando accionando el gatillo sin que hubiera virote. Se apresuraron a prepararlo todo para marchar de nuevo.

A medida que el carro se alejaba de Pira, Tomàs torcía más y más el cuello para no perder de vista el pueblo, como hacía de costumbre. Una tarde callada, el paisaje se deslizaba lentamente y Guillem repasaba su lectura:

Queridísimo y bienamado hermano Guillem,

Le ha sido enviada esta carta a su persona a fin de que siga la siguiente orden: traslade su área de trabajo a Altafulla y abandone Cervera. Para tal finalidad, ya se le ha enviado al capellán mayor una misiva en el que se le ordena encontrar un medio de transporte que le ayude con el traslado. La información de dicho transporte se la facilitará el susodicho capellán. Con tal de prestarle una ayuda le hacemos saber que será acogido en el castillo de Altafulla por la familia Fastellet, ahí tendrá su base de operaciones.

Además, le facilitamos la siguiente información, motivos por los que ha sido destacado en la localidad de Altafulla renegando de cualquier otra: se han dado numerosos casos de desapariciones, además de la creencia de haber peligros producto de los actos contra natura que hay en las inmediaciones.

Se espera de vos que, como siempre, realice un trabajo rápido y eficiente gracias a sus habilidades y los medios que la nobleza del castillo pueda prestarle. También le deseamos una agradable estancia en el castillo de Altafulla, pues es muy probable que haya de quedarse por largo tiempo.

EXURGE DOMINEM IUDICA CAUSAM TUAM PSALM

Al pie de la carta había un grabado casi idéntico al broche de Guillem; si en su broche a cada lado de la cruz había una espada apuntando al cielo, en el grabado una de las espadas era substituida por la rama de un olivo.

Guillem pasó a hacerse con Nahúm para no olvidar su papel en la tierra. No les quedaba mucho para llegar a Tarragona. La brisa tardía empujaba el olor a sal marina y le hartaba el olfato del mismo modo que lo hacía con su cabeza. Iba a estar en la costa por largo tiempo y no le hacía ninguna gracia.